

MANUEL RIOBÓ, *IN MEMORIAM*

Nel Rodríguez Rial
 Universidade de Santiago de Compostela

*“Omnes una manet nox,
 et calcanda semel via leti”*

HORACIO¹

La sabiduría es una vieja dama que anda despacio. No suele requerir y acompañar al hombre en la primavera de los años, cuando anda sobrado de orgullo, de urgencias y de vanidad. Prefiere esperar a la edad madura para manifestarse, aguardar a ese tiempo en el que las fuerzas del cuerpo comienzan a mermar y flaquear cuando las del espíritu, paradójicamente, pujan y se fortalecen. Fue el amor hacia esa vieja dama el que nos unió en vida y el que todavía nos une ahora más allá de ese velo de eterno silencio que sobre los hijos de la tierra extiende la muerte. Nuestro amigo, Manuel Riobó, frecuentó y amó la filosofía en edad tardía, cuando el sol de la vida ya declinaba sobre su maduro y empequeñecido cuerpo. Los que le tuvimos cerca sabemos, sin embargo, de la fidelidad con que correspondió a esta vocación filosófica surgida en él cuando iniciaba esa edad que hoy llaman tercera y que los clásicos decían senectud, tal vez porque odiaban travestir la verdad con innecesarios eufemismos. Él comprobó que la vejez se hace más llevadera y dulce si uno se deja acompañar de la luz y el calor de la filosofía.

Trabajó, siendo viejo, con una voluntad de joven, ofertando las pocas horas de su ya gastada vida a una investigación que tuvo como referente esencial el pensamiento de uno de los más grandes filósofos que ha dado la modernidad: Johann Gottlieb Fichte. No cabe la menor duda de que en la lectura pertinaz y paciente que hizo de las obras de este pensador, Manuel Riobó conquistó la sabiduría suficiente para alcanzar a comprender que la vida sólo es digna cuando se la vive en extrema consciencia y lucidez, cuando uno se compromete racionalmente con la búsqueda de la verdad y del bien, y sobre todo cuando uno porfía en la búsqueda del sentido para esa nuestra existencia, siempre indigente y menesterosa; una existencia que suele sobrenadar en un mar de desgracias e incertidumbres en las que nuestro solitario yo con harta fre-

¹ *Odas*, 1, 23, 15: “A todos nos aguarda una misma noche, y hemos de recorrer una sola vez el camino de la muerte”.

cuencia naufraga y hasta perece. Pero éste es el sino del filósofo: esforzarse, bracear denodadamente en las aguas turbulentas de la vida a fin de no perecer y de que, con uno, no perezca el mundo. Es necesaria la existencia del peligro para que la responsabilidad del hombre sea. Con razón, solemos llamar inconsciente e irresponsable a aquel que obra a tontas y a locas, a aquel que no antepone la meditación a la acción, que no pondera las terribles consecuencias y los muchos peligros que se pueden y se suelen derivar de sus irreflexivos actos.

La filosofía, como saben, es un ejercicio radical y pertinaz de meditación y, por ello, de extrema responsabilidad; un esfuerzo continuado en vivir conforme a los principios y exigencias de la propia razón. Por eso ser plenamente responsables es vivir conforme a esos tres grandes valores de la racionalidad humana que imantan y atraen toda la vida del hombre, y que los pensadores medievales llamaron con el sorprendente nombre de `trascendentales': la verdad, el bien y la belleza. Y nuestro homenajeador, el profesor Riobó, los persiguió con ahínco y ánimo juvenil: entregó su vida a la búsqueda de la verdad a través del ejercicio filosófico, procuró siempre en sus actos el bien ajeno por encima del bien propio, prefiriendo soportar la injusticia que ejercerla, y buscó en la música la compañía dulce y tierna de la belleza, ese alimento con el que se nutren los espíritus sensibles y solitarios. Por eso estamos ciertos de que la sabiduría le acompañó en sus últimos días, aunque la caprichosa Fortuna casi siempre le fue esquiva. Yo sospecho que él sabía mucho más de lo que alcanzaba a decir y a escribir. Lo afirmo en razón de que las almas solitarias, y la suya lo era, suelen ser almas doloridas, y el alma dolorida acostumbra a ser un lugar propicio para la inspiración y la revelación filosóficas. El dolor, si no nos hace ver más lejos, sí nos fuerza a ver más hondo, nos enfrenta a aquellas verdades que se revelan no al sol y a la alegría de la inteligencia, sino a la sombra de los sentimientos, en esa umbriscencia de la sensibilidad, de la carne herida y entristecida sobre todo por las omisiones y acciones de los demás hombres que, en no pocas ocasiones, suelen ser con los espíritus delicados y desamparados más crueles que la misma muerte. Nuestro amigo conocía bien todo esto. No sólo lo había experimentado y sufrido en sí mismo, sino que también lo había leído en su bienamado Fichte:

“Cuanto mejores y más nobles seáis, tanto más dolorosa será para vosotros la experiencia que os espera; pero no os dejéis vencer por el dolor, sino vencedle a él por medio de la acción. El dolor está descontado; es un factor indispensable en el plan de perfeccionamiento del hombre.”²

Yo soy testigo de cómo el profesor Riobó aplicó con terquedad y constancia este terapéutico consejo fichteano: vencer el dolor por la acción y vencerse a sí

² FICHTE, Johan Gottlieb; *Fichte's sämtliche Werke*, (Belin, 1845-1846), reimpresión fotomecánica en Walter de Gruyter, Berlín, 1971, vol. VI, pág. 345-346.

mismo por el dolor. Ciertamente, en él, el dolor fue camino humano de perfección, pues le entregó a la acción meditativa, al ejercicio de la filosofía, esa dedicación que compartió con todos nosotros hasta que la muerte vino a jubilarle definitivamente de la vida, mas no de la verdad, porque la verdad es más fuerte que la vida y la muerte juntas. Según dicen, las últimas palabras de Averroes fueron “muera mi alma como mueren los filósofos”. Hemos de suponer que se trataba de morir mirando de frente a la muerte, es decir, haciendo que el alma enfrentase con dignidad ese extremo trance que le entrega irremediablemente en brazos de la noche eterna. Valor y dignidad que no le habían de faltar a nuestro bienamado amigo en sus últimas horas, pues vivió como filósofo y, sin duda alguna, debió morir como mueren los filósofos: en la soledad de la verdad. No, no se equivocaba Cicerón, cuando en sus *Tusculanae* afirmaba: “*Tota philosophorum vita commentatio mortis est*”³.

³ CICERÓN, *Tusculanas*, 1, 30, 74: “La vida entera de los filósofos es una preparación para la muerte”.